

amor ultramundano. Se dice, en suma, que, en aquella soledad, doña Carolina consagra un delicado y constante culto de amor á su marido, cuyos restos mortales, hábilmente embalsamados, y encerrados en un féretro, yacen en el centro de la grandiosa capilla.

Sea de esto lo que sea, lo que sí me atrevo á asegurar yo, es que, la ilustre poetisa sigue y seguirá siempre mientras viva, tan afable, tan afectuosa y buena como de costumbre, y que no cansará ni mortificará á nadie hablando de su dolor, por extremado y grande que sea; dolor, por otra parte mitigado y dulcificado por la fe religiosa, por la conformidad con Dios y por las esperanzas del cielo.

---

**Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda** ocupa preeminente lugar entre los poetas de la Isla de Cuba en la *Antología de poetas hispano-americanos* publicada en 1893 por la Real Academia Española.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo explica, no obstante, el motivo que tenemos para incluir á doña Gertrudis en el número de los poetas propiamente españoles. «La grande alma poética, dice, que ahora se ofrece á nuestra contemplación, aunque sea honra imperecedera de América por su origen, pertenece enteramente á Europa, por su educación y desarrollo, y ocupa con justicia uno de los primeros lugares en el

parnaso español de la era romántica. Su nombre está en boca de todos aunque quizá su mérito absoluto no haya sido tasado siempre tan alto como debe serlo».

Coincidiendo con D. Marcelino, creo yo que doña Gertrudis, si bien merece contarse entre los más egregios poetas, es más bien una ilustre poetisa; una de las más egregias é inspiradas que ha habido en el mundo.

Negando ciertos apotegmas menos ingeniosos que falsos y que fueron muy repetidos por los admiradores de doña Gertrudis, no quiere el señor Menéndez que se afirme, hablando de la ilustre cubana, que *es mucho hombre esta mujer; que no es una poetisa, que es un poeta*. «La Avellaneda, añade, era mujer y muy mujer, y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer, así en las efusiones del amor humano como en las del amor divino. Lo que la hace inmortal, no sólo en la poesía lírica española, sino en la de cualquier otro país y tiempo, es la expresión, ya indómita y soberbia, ya mansa y resignada, ya ardiente é impetuosa, ya mística y profunda de todos los anhelos, tristezas, pasiones, desencantos, tormentas y naufragios del alma femenina. Lo femenino eterno es lo que ella ha expresado, y es lo característico de su arte: la expresión robusta, grandilocuente, magnífica, prueba que era grande artista y espíritu muy literario, quien acertó á encontrarla, pero no espíritu que hubiese cambiado de sexo, ni renegado de la envoltura en que Dios quiso

encerrarle. Faltaría algo á nuestra lírica moderna si la Avellaneda no hubiese traído á ella con tanto brío y tanta sinceridad, esta nota originalísima, sin romper con ninguna convención literaria ni social, pero sorteándolas hábilmente».

La fecunda actividad de doña Gertrudis se manifestó en todos los géneros de amena literatura. En prosa escribió muchas novelas. Los títulos de las principales son: *Dos mujeres*, *Españolito*, y *Guatimozin*; pero cualquiera que sea el mérito de estas obras, la moda y el gusto que influyeron en producirlas, han pasado ya, y es muy de temer que las obras pasen también y se olviden. Aún en el tiempo en que aparecieron, las eclipsaban conquistando toda la popularidad las novelas de otra mujer, que escribía bajo el seudónimo de Fernán Caballero. El arte de escribir novelas y el buen tino y la inspiración para escribirlas, han venido después á ser mucho mayores.

La novela ha vuelto á florecer en España. No debe, pues, extrañarse que casi todas las que se compusieron en castellano en los dos primeros tercios del siglo XIX, estén arrumbadas y olvidadas: las de la Avellaneda inclusive. En el día es Doña Emilia Pardo Bazán, entre las mujeres, la que conquista más lauros y se adelanta á todas como novelista.

Tal vez persistan más la reputación de autora de la Avellaneda y el deleite y aplauso con que se lean sus escritos en prosa si atendemos, á sus narraciones cortas, cuentos y leyendas, de los

cuales escribió bastante también: *El artista Barquero*, *La velada del helecho*, *La bella Toda*, *La montaña maldita*, *La ondina del lago azul*, *La dama de Amboto*, *Una anécdota de la vida de Cortés*, *El ama blanca*, *La Baronesa de Toux* y *El cacique Turmequé*.

Lo evidente con todo, es que los triunfos inolvidables y los inmarcesibles laureles, los conquistó la Avellaneda no con su prosa, sino con sus versos: componiendo dramas y cantando de amor humano y divino en inmortales canciones.

Su riquísima labor dramática, ha sido magistralmente estimada y juzgada por D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Nada mejor podemos hacer que trasladar aquí las palabras de crítico tan sabio y discreto.

«En la elocuencia trágica, dice, la Avellaneda no cede á ninguno de sus contemporáneos, salvo Hartzenbusch. Tiene su manera original, intermedia entre la tragedia clásica y el drama romántico, tomando de la una la pompa y majestad, de la otra la variedad y el movimiento. Se han notado en *Alfonso Munio* reminiscencias del estilo de Quintana, en *Saul* imitaciones de Alfieri, en Baltasar analogías con el *Sardanápalo* de Byron; pero todos los elementos ajenos están fundidos en un sistema dramático propio, que si no puede darse por forma única y definitiva de la tragedia moderna, parece á lo menos la única forma en que la tragedia neoclásica francesa ó italiana puede resucitar. El tercer acto de *Alfonso Munio*, lleno de misterioso prestigio y de te-

rror trágico, es al mismo tiempo admirablemente teatral, y si el efecto escénico decae en el cuarto, no decae ni un punto en todo el drama la arrogancia del estilo y plenitud de la versificación, cualidades que con más riqueza de lirismo se ostentan igualmente en *Saul*. Baltasar es obra maestra, no sólo por la ejecución brillantísima á la vez que madura y reflexiva, sino por la profundidad del pensamiento histórico y por la grandeza misantrópica del personaje principal que puede ser hermano ó pariente del Sardanápalo byroniano, pero que de fijo no es trasunto de él. Sardanápalo, epicureo elegante, *dandy* trágico como otros héroes de Byron y como Byron mismo, es en la tragedia inglesa el símbolo de la degeneración todavía interesante de una grande y generosa raza, en que el valor no se extingue sino que por intervalos chispea y arroja lumbres, prestando á los mismos vicios aspecto de elegancia y de nobleza. Pero Baltasar es más solemne, trágica y expiatoria figura: es una especie de *ateista místico* como notó Valera: encarna de un modo más alto el hastío y el pesimismo románticos, que enervan é incapacitan para la acción; y es á un tiempo representación simbólica del Oriente decrepito y de la humanidad sin Dios. Todo el drama se cierne en una esfera casi mística y una especie de terror religioso embarga el ánimo, viendo patente el cumplimiento de la justicia providencial. El vigor del estilo corresponde generalmente á la sublimidad de la concepción.»

Algo había yo escrito sobre *Baltasar*, que cita el Sr. Menéndez coincidiendo con mi juicio. No es, pues, de extrañar que yo coincida ahora con el suyo. Y si en el mérito de la labor dramática de doña Gertrudis estamos de acuerdo, más lo estamos todavía en el mérito de su poesía lírica. Nuestro parecer y nuestro fallo sobre ella han sido, ya precedidos, ya seguidos y confirmados siempre, por los críticos más inteligentes y juiciosos de nuestro país: por D. Juan Nicasio Gallego, por D. Nicomedes Pastor Díaz, por el Padre Blanco García y por no pocos otros.

Cuando la Avellaneda, en 1868, ya en edad algo avanzada, quiso hacer é hizo en parte una edición completa de sus obras, me honró pidiéndome que escribiese yo el prólogo que había de aparecer en el tomo primero. Escribirle hubiera sido para mi grandísima satisfacción de amor propio. La antigua y constante amistad, que me unía á la autora, también hubiera quedado satisfecha. Pero sobre todo esto vinieron á ponerse mi temor de no acertar á componer nada que fuese digno del asunto y tal vez una desidia inexplicable y lastimosa. En suma, el caso fué que yo no escribí el prólogo que se me pedía. En cambio y no bien salieron á la luz pública los dos primeros volúmenes de la mencionada edición, escribí yo y publiqué en la *Revista de España* un extenso artículo sobre las poesías líricas de la Avellaneda, artículo encomiástico sin duda, como función de desagravios; pero, según mi persistente sentir, así de entonces como de ahora, no

favorable sino estrictamente justo. Acaso en el único punto en que disiento hoy un poco de mi opinión de entonces, más bien redundo mi dissentimiento en pro que en contra, no en menoscabo sino en auge de la gloria de la poetisa. Me inclinaba yo á creer que el amor humano había inspirado á la Avellaneda más hermosos y apasionados versos que el amor divino. Hoy, aunque vacilo á veces, me inclino á menudo á creer y á sostener lo contrario. De todos modos, ora amando á un hombre, ora elevando su alma hasta el cielo en alas del amor de Dios ó bien penetrando el alma en el propio abismo del alma, aspirando á unirse allí con el ser infinito, para anegarse en su luz y abrasarse en su fuego, la Avellaneda es siempre una egregia é inspirada poetisa.

En la Introducción de este FLORILEGIO dije ya tanto en su elogio, que no quiero insistir por temor de repetirme.

Me remito además al extenso artículo que escribí entonces, donde examino y juzgo las poesías de la Avellaneda según los diferentes sentimientos que las inspiran: las que describen la hermosura ó la sublimidad del universo visible y las que proceden de los vehementes afectos del amor humano. Me remito también á dicho artículo en cuanto propende á ensalzar la maestría de la Avellaneda como versificadora, maestría con tanta razón ensalzada por el Sr. Col y Vehí. Pero no acierto á resistirme á la tentación de trasladar aquí los últimos párrafos del artículo

mencionado, aunque resulte notable desproporción entre lo dilatado de esta semblanza y la brevedad de muchas de las que contiene este libro, en las que trato de calificar y apreciar á poetas de muy grande y merecida fama. Sean disculpa de esta desproporción que reconozco y confieso, no sólo el mérito de la Avellaneda, sino la singularidad de ser mujer quien la ocasiona y el debatirse tanto ahora lo que llaman el feminismo, ó sea la aptitud de la mujer para las ciencias y las artes, y su importancia en el progreso intelectual y moral del humano linaje.

«El alma de la señora de Avellaneda es capaz de todos los afectos sublimes y de todas las grandes pasiones, se ha inspirado con frecuencia en el amor de la misma poesía, y ha creado bellísimas composiciones en alabanza de este arte divino, ponderando su influjo en las almas, sus excelencias y su gloria. Son de este género las odas ó canciones á Quintana, á Pastor Díaz, á Heredia *Á la poesía y Al genio poético*.

No diré yo que faltan en la lira de la Avellaneda, pero sí que tienen poca resonancia las cuerdas del patriotismo, del amor á la libertad y de la filantropía; esto es, del amor á la humanidad por ella misma, y no por el amor de Dios, que es la caridad cristiana. Tal vez estas pasiones y estos sentimientos sean más varoniles que femeninos. Lo cierto es que la voz de la patria, la de la santa libertad y la del ferviente anhelo de encaminar á mejor término á la humana especie, hallan débil eco en el por otra parte apa-

sionado y gran corazón de la poetisa. De aquí que sus versos, acaeciéndoles en esto lo mismo que á los de la mayor parte de los poetas del día, sean más bien una conversación interior, un soliloquio, ó á lo más una confidencia á un amigo, que una arenga, una amonestación, una alta enseñanza dirigida á las muchedumbres; como eran, en lo antiguo, los cantos de Píndaro, Corina y Tirteo, y han sido en nuestra edad, los de Schiller, Manzoni y Quintana.

Tal vez la influencia del cristianismo no ha sido favorable en la mujer al desarrollo de ciertas calidades activas, de ciertas brillantes energías del alma. La modestia, el recogimiento, la resignación, la sumisión, el sacrificio y la humildad son las virtudes que el cristianismo infunde más en el alma de las mujeres. Todo esto es contrario, hasta cierto punto, al papel de filósofas y de maestras de las gentes. El consejo de la primera mujer trajo al mundo la muerte y el pecado. ¿Cómo ha de atreverse una mujer humildemente cristiana á aconsejar y á enseñar á las muchedumbres? Nuestra religión le baja el orgullo y la somete al hombre. Si una mujer nos salvó de la muerte y del pecado, no fué con sabiduría, ni con enseñanzas, ni con energías briosas de la inteligencia, sino con humilde conformidad y muda obediencia á los divinos decretos. Todas en ella fueron virtudes pasivas. Llevó en su seno al Salvador; le crió á sus pechos; lloró su muerte al pie de la Cruz. El tipo ideal de la mujer cristiana es la Virgen y la Madre dolorosa. La

manifestación real de la mujer cristiana, en la vida, es la esposa retirada, cuidando de su casa y de sus hijos, afanada en las labores y cuidados domésticos; la virgen asceta, solitaria y silenciosa, y la hermana de la caridad, consagrada al alivio de nuestros males y miserias. Cuando el hombre, en las épocas de gran fe cristiana, ha levantado á la mujer sobre un pedestal deslumbrante de gloria, y le ha tributado adoración y culto, ha sido como imagen transfigurada de aquellas humildes virtudes, ó como una alegoría, un símbolo ó una idea, ya de la filosofía, ya de la misma religión, ya de la hermosura. El hombre la ha humillado hasta hacer de ella su sierva, ó la ha encumbrado hasta hacer de ella una deidad; pero no ha sabido hacer de ella una compañera, una igual, un sujeto merecedor de toda su confianza.

De aquí, sin duda, el que hubiese tantas y tan notables poetisas y filósofas en la antigua Grecia, y el que proporcionalmente no las haya habido en la moderna Europa, sino en aquellas sociedades que se han apartado un poco de la verdadera fe y se han vuelto á impregnar de espíritu pagano. Salvo la gloriosa aparición de nuestra gran santa y doctora, no presenta la civilización moderna, desde Hipatia hasta el día, tres mujeres comparables á nuestras contemporáneas Jorge Sand, Mme. Staël y Mme. Varnhagen. Hasta el miedo de caer en ridículo, hasta la nota de marisabidillas con que los hombres la hemos perseguido siempre, ha helado la inspira-

ción y el amor á la poesía y á la ciencia en muchos corazones femeninos. No es, pues, de extrañar que en España, país eminentemente católico, y donde además no han escaseado nunca las burlas y el escarnio implacable contra las mujeres doctas y licurgas, falten algunas cuerdas á la lira de la Avellaneda.

Aún nos queda que hablar de una: de la que ella cree más sonora y más rica en melodía; de la que ella ha pulsado con más confianza y con más amor, desde que empezó á cantar; de la cuerda religiosa. Siendo nuestra poetisa profundamente creyente, y estando dotada, como lo está, de los más vivos afectos, no cabe duda de que sus mejores poesías serían sus poesías sagradas, si el temor y el respeto no prevaleciesen en ella sobre el amor divino, y viniesen como á cortarle las alas. Sus poesías sagradas son devotas; pero no llegan á ser místicas, no por falta de fervor y de raptó, sino por timidez humilde. La Avellaneda, considerándose como un ser débil, desvalido y pecador, busca á Dios para que la ampare, para que la defienda, para que la proteja y la salve; pero no le envía sus suspiros de amor; no vuela á Él con toda el alma; no tiende el vuelo su espíritu para unirse á Dios estrechamente y como perderse y aniquilarse en Él, en aquella unión íntima que describen con palabras de fuego, que pintan y esmaltan con ardientes é inextinguibles llamas San Juan de la Cruz y Santa Teresa.

La Avellaneda, en cambio, se ha apoderado,

del estilo de los bíblicos cantores, de las galas y pompa oriental de los Salmos, y acierta á pintar, como nadie pintó nunca en nuestra hermosa y robusta lengua castellana, la terrible majestad y la fortaleza omnipotente del Dios de los ejércitos, defensor y vengador de sus amigos:

Llegó mi grito al cielo,  
Aunque de alzarse á tal altura indigno...  
Llegó mi grito al Dios de mi consuelo,  
Que lo escuchó benigno.

Lo escuchó; vió mi afrenta  
Desde la majestad de su almo trono,  
Y de prolijos males le dí cuenta,  
Gimiendo en mi abandono.

Protector de mi vida  
Se hizo al punto mi Dios; se alzó indignado.  
Y yo el alma senti fortalecida  
Por su soplo sagrado.

Bajo sus pies las nubes  
Se desplegaron, cual alfombra inmensa,  
Y en alas de los fúlgidos querubes  
Descendió á mi defensa.

¡Cuál al mirar su saña  
Tembló medrosa la terrestre esfera,  
Rodando de su asiento la montaña  
Como líquida cera!...

¡Cuál volvió las espaldas  
Mi enemigo cruel de espanto lleno!...  
Mas, como niño á las maternas faldas,  
Yo me acogí á su seno.

Embebida la Avellaneda en la lectura del *Salterio*, del *Libro de Job* y de los *Evangelios*, ha escrito y publicado, en la colección que examinamos, otras muchas poesías religiosas, donde describe con no menos belleza y grandilocuencia la

fuerza, el poder y la gloria de Dios, y su bondad para con los hombres. Sus odas ó himnos *Á la Ascensión, Á la Resurrección, Al Espíritu Santo, El Te-Deum, El Miserere, La Cruz, etc.*, son trabajos muy estimables, ricos de estilo, de bellezas de dicción y de conocimiento elevado del asunto.

Sólo ya en sus últimas composiciones empieza á tocar la Avellaneda en el verdadero misticismo. Confieso que, por amor al arte y por amor á la gloria de esta ilustre amiga mia, deseo que penetre más en él. El misticismo abriría en su corazón, á no dudarlo, una nueva, caudalosa y limpia vena de magnífica y sublime poesía. Así como la frescura del suelo y algunas hierbas y florecillas silvestres suelen dar indicio del oculto manantial, así en algunas de las composiciones de la Avellaneda se prevé, se presiente ya este misticismo futuro, y las encantadas flores que han de germinar y nacer con su riego saludable.

Casi en las últimas páginas del tomo está la *Dedicación de la lira á Dios*. En estos versos se columbra ya el misticismo naciente. Dios y el alma se dirían que empiezan á compenetrarse. La poetisa empieza á estar de veras herida del divino amor. Aún no se cree unida con Dios; pero le siente cerca de su alma, en intimidad misteriosa. Aún no llega el espíritu mortal á estrecharse y unimismarse con lo infinito y eterno; pero ya le manda, en oración jaculatoria, su anhelo de unión.

Soy un gusano del suelo  
Cuyo anhelo  
Se alza á tu eterna beldad;  
Soy una sombra que pasa,  
Mas se abrasa  
Ardiendo en sed de verdad.  
Soy hoja que el viento lleva,  
Pero eleva  
A Tí un susurro de amor...  
Soy una vida prestada,  
Que en su nada  
Tu infinito ama, Señor.  
Soy un perenne deseo  
Y en Tí veo  
Mi objeto digno, inmortal;  
Soy una inquieta esperanza  
Que en Tí alcanza  
Su complemento final.

Ya aquí se nota algo más que la mera devoción, algo más que el rezo humilde del pecador penitente ó del fervoroso católico; ya aquí pugna el alma por aniquilarse, por perder los sentidos y las potencias, para estrecharse y confundirse con su mismo Hacedor infinito, único objeto digno de ella.

¡Y Tú, que este anhelar del alma entiendes,  
Y en quien su alta ambición reposo alcanza,  
Hoy, que en sublime fe mi pecho enciendes,  
Préstale alas de fuego á mi esperanza!

Esto ya es misticismo y puro amor divino. A este período que comienza, ha precedido sin duda otro período de lenta elaboración ó fermentación, permitasenos la frase, de los elementos místicos en el corazón de la autora. En la poesía titulada *Soledad del alma*, es donde se ad-

vierte más este interno trabajo, este dolor que acompaña al brotar de las nuevas alas con que el alma, abandonada y desengañada ya de todo lo terreno, quiere volar al empireo. Elocuente-mente expresa la poetisa esta situación del espíritu:

La flor delicada, que apenas existe una aurora,  
Tal vez largo tiempo al ambiente le deja su olor...  
Mas ¡ay! que del alma las flores, que un día atesora,  
Muriendo marchitas no dejan perfume enredor.  
La luz esplendente del astro fecundo del día,  
Se apaga, y sus huellas aún forman hermoso arrebol...  
Mas ¡ay! cuando al alma le llega su noche sombría,  
¿Qué guarda del fuego sagrado que ha sido su sol?  
Se rompe, gastada, la cuerda del arpa armoniosa,  
Y aun su eco difunde en los aires fugaz vibración...  
Mas todo es silencio profundo, de muerte espantosa,  
Si da un pecho amante el postrero tristísimo són.

Más adelante añade la poetisa, persistiendo en la misma melancólica meditación:

¡Ah! Nada: ni noche, ni aurora, ni tarde indecisa  
Cambian del alma desierta la lúgubre faz...  
A ella no llegan crepúsculo, aroma, ni brisa...  
A ella no brindan las sombras ensueños de paz.  
Vista los campos de flores gentil primavera,  
Doren las mieses los besos del cielo estival,  
Pámpanos ornen de otoño la faz placentera,  
Lance el invierno brumoso su aliento glacial.  
Siempre perdidas, vagando en su estéril desierto,  
Siempre abrumadas del peso de vil nulidad,  
Gimen las almas do el fuego de amor está muerto...  
Nada hay que pueble ó anime su gran soledad.

No, no: el fuego de amor no está muerto en el alma de la poetisa, y ha de volver á encender-

se más puro y más luciente y más ardoroso que nunca al contacto y contemplación de las cosas divinas; su gran soledad volverá á poblarse de más bellos fantasmas; su sol volverá á lucir y á iluminarla interiormente, y su lira volverá á sonar con más poderosas vibraciones. Entonces podrá decir con el santo y elocuente amigo de Teresa de Jesús:

¡Cuán dulce y amoroso  
Recuerdas en mi seno,  
Donde secretamente sólo moras;  
Y en tu aspirar sabroso,  
De bien y gloria lleno,  
Cuán delicadamente me enamoras!

Una mente y un corazón como los que posee la señora de Avellaneda no decaen, ni se agostan, ni se marchitan, aunque pase la juventud del cuerpo, aunque se acabe la primavera de la vida. Antes bien se educan, se mejoran, se perfeccionan y se hermosean, creciendo todas sus facultades con progreso é incremento infinitos, y depurándose y santificándose todas sus aspiraciones y pensamientos.

La señora de Avellaneda, estamos persuadidos de ello, seguirá siendo poetisa lírica con más alta inspiración. Tal vez un respeto extremado á la letra inmutable de sus creencias positivas la tiene encadenada aún, y no la deja alzarse y volar á un misticismo exento de cadenas tradicionales, y en consonancia con el maravilloso desenvolvimiento metafísico del siglo en que vivimos. Tal vez ideas y conceptos, hondamente arraigados en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO HERRERA  
1625 MONTERREY, MEXICO



su mente desde la infancia, no la dejan oír y aceptar el consejo del gran místico y poeta alemán Novalis: «Lo que se dice de Dios no me satisface; lo que está por cima de mi idea de Dios es mi vida y mi luz.» Pero como quiera que ello sea, y aunque la señora de Avellaneda muriese para la poesía y no volviese á dar muestras de sí en nuevas composiciones, bastan las que ha escrito, y que rápida y someramente hemos estudiado y juzgado, para reconocer en ella, no sólo á una poetisa lírica sin par entre las españolas, sino á uno de nuestros más notables, valientes é inspirados poetas líricos de la presente edad».

Después de haber dado tan larga cuenta de la vida del espíritu de la poetisa cubana, debo y quiero ser sobrio al referir su vida mortal.

Nació doña Gertrudis Gómez de Avellaneda en la ciudad de Puerto Príncipe (Isla de Cuba), el día 23 de Marzo de 1814. Fué su padre un oficial de marina llamado D. Manuel.

En 1836 vino á España con su madre doña Francisca Arteaga, casada en segundas nupcias con don Gaspar Escalada, oficial de Infantería. Residió durante un año en la Coruña. Disgustos de familia la movieron después á separarse de su madre, y en compañía de un su hermano mayor y buscando el apoyo de sus parientes paternos, pasó á establecerse en Sevilla. Residiendo allí empezó á publicar sus composiciones en revistas y periódicos, con el seudónimo de *La Peregrina*.

Pronto adquirió reputación de notable poe-

sa, creciendo después su fama, desde 1840 en que vino á residir en Madrid hasta que llegó á la mayor altura, con sus triunfos en el Liceo y más aún con los éxitos brillantísimos de sus dramas y tragedias.

Aunque fué muy estimada y considerada por el Duque de Frías, por D. Juan Nicasio Gallego, por D. Nicomedes Pastor Díaz y por no pocos otros personajes ilustres en la política, en letras y en armas, no podemos afirmar que la ciega fortuna le sonriese ni favoreciese nunca.

La poesía rara vez ha traído á quien la cultiva ventajas materiales, y entonces menos que ahora.

A pesar de los escasos bienes con que la fortuna la dotó, el esplendor glorioso que le prestaba su ingenio y la simpática gallardía de su persona, bastaron á infundir verdadero amor por ella en no pocas almas.

Doña Gertrudis fué casada dos veces. Su primer marido D. Pedro Sabater, murió poco tiempo después de contraer matrimonio.

Con su segundo marido el coronel de artillería D. Domingo Verdugo, volvió doña Gertrudis á Cuba su patria. Allí envió de nuevo, y después de visitar los Estados Unidos, de residir algún tiempo en Francia y luego cerca de Sevilla, en una casa de campo de su propiedad, regresó á Madrid, en donde murió el día 2 de Febrero de 1873.

Ya entonces, preocupada la gente con los asuntos políticos y marchito y agostado el entu-

siasmo por la literatura y la poesía que el romanticismo había creado y fomentado, la alta fama de la Avellaneda había venido á eclipsarse aunque para revivir como debe revivir y revive con inmortales resplandores entre cuantos sienten y comprenden la belleza.

Yo asistí al modestísimo entierro de la poetisa. No llegaban á diez los individuos que la acompañaron á su última morada. Entre ellos don Luis Vidart era el único que yo conocía. Desdén fué aquél harto extraño si se atiende á la frecuencia con que hoy se prodigan las apoteosis póstumas y hasta las estatuas, lo cual no deploro sino que lo aplaudo, porque así prosperará el arte de la escultura y se hermosearán con monumentos los paseos y las plazas.

---

Era mi propósito encerrar en este tomo V todas las notas biográficas y críticas, relativas á los poetas contenidos en el FLORILEGIO, pero me he dejado llevar por el interés y la afición que dichos poetas y su ingenio y su arte me inspiran, y me he extendido demasiado.

Ni con mucho he tratado de la mitad de los mencionados poetas. Necesito, pues, escribir y publicar un Apéndice, á fin de dar por completo cima á mi tarea.

Esta será más ardua en adelante, y me ofre-

cerá dificultades mayores. Muchos de los poetas de quienes he de hablar han muerto recientemente ó viven aún. Bien puede recelarse que la amistad ó que momentáneos prestigios que la posteridad desvanece á menudo, tuerzan ahora mi juicio y me hagan parcial á mi despecho.

Yo, sin embargo, me propongo completar las Notas, ó sea éstas á modo de semblanzas, procurando vencer las dificultades.

No se ha de negar que en el día de hoy se sobrepone á la poesía lírica lo escrito en desatada prosa, y singularmente la novela, que, con gran fecundidad, ha vuelto á florecer, y está muy de moda; mas no por eso puede decirse que la poesía lírica haya decaído entre nosotros. Poetas no inferiores á Quintana, Espronceda y Zorrilla han vivido y cantado en España hasta terminar casi el siglo XIX, y aun hay otros que en nada desmerecen de aquéllos, y que en el siglo XX viven aún. Así entre los primeros D. Pedro Antonio de Alarcón, D. Adelardo López de Ayala, D. Ramón de Campoamor y D. Gaspar Núñez de Arce, y entre los que viven aún, sin afirmar que sea el único, sino sólo el que más viva y luminosamente acude y se presenta en mi memoria, el presbítero mallorquín D. Miguel Costa.

Quedo, pues, en escribir y publicar un Apéndice de este FLORILEGIO, si bien tomando para ello todo el tiempo que yo necesite y dejando en

libertad á los suscriptores de adquirir el referido Apéndice, que constará de un solo tomo, ó de no adquirirle cuando aparezca, si mi edad avanzada y mi quebrantada salud no se oponen á que yo le escriba.

FIN

## INDICE

	Págs.
D. Juan Meléndez Valdés. . . . .	6
D. Gaspar Melchor de Jovellanos. . . . .	10
D. José de Vargas y Ponce. . . . .	17
D. Leando Fernández de Moratín. . . . .	20
D. Juan Bautista Arriaza. . . . .	28
D. Manuel José Quintana. . . . .	32
D. Juan Nicasio Gallego. . . . .	38
D. Dionisio Solís. . . . .	44
D. Bartolomé José Gallardo. . . . .	46
D. Juan María Maury. . . . .	51
D. José Somoza. . . . .	52
D. Francisco Martínez de la Rosa. . . . .	56
D. Manuel María de Arjona. . . . .	63
D. Félix José Reinoso. . . . .	66
D. Alberto Lista. . . . .	69
D. Javier de Burgos. . . . .	74
D. Manuel Bretón de los Herreros. . . . .	77
D. Serafin Estébanez Calderón. . . . .	90
D. Agustín Durán. . . . .	95
D. Ventura de la Vega. . . . .	97
D. Manuel de Cabanyes. . . . .	103
D. Nicomedes Pastor Díaz. . . . .	105
D. Bernardino Fernández de Velasco, <i>Duque de Frías</i> . . . . .	112
D. Juan Arolas. . . . .	121
D. Pablo Piferrer. . . . .	130
D. Juan Francisco Carbó. . . . .	132
D. Manuel Milá y Fontanals. . . . .	137
D. Juan de la Pezuela. . . . .	145